

LIBRO OCTAVO

8

LOS ENCANTOS

Y LAS DESOLACIONES

I

UZ PLENARIA

El lector ha comprendido muy bien que Eponina, habiendo reconocido al través de la verja del jardín la morada de aquella casa de la calle Plumet adonde Magnon la había enviado, empezó por desviar á los bandidos de dicha calle, conduciendo allí en seguida á Marius; y que después de muchos días de éxtasis ante la verja, Marius, atraído por esa fuerza que impele al hierro hácia el imán y al enamorado hácia las piedras con que está construida la casa de aquella á quien él ama, concluyó por entrar en el jardín de Coseta como Romeo en el jardín de Julieta.

Yaún esto le había sido á él más fácil que á Romeo, quien se vió obligado á escalar una pared, miéntras que Marius no tuvo más que forzar un poco uno de los barrotes de la verja decrepita que vacilaba en su alvéolo herrumbroso, como vacilan los dientes en las mandíbulas de un anciano. Marius era delgado y pasó con facilidad.

Como nunca había nadie en aquella calle, y que, por otra parte, Marius no penetraba en el jardín sino por la noche, no arriesgaba él ser visto.

Á partir de aquella hora bendita y santa en que un beso desposó á aquellas dos almas, Marius vino todas las noches á aquel sitio. Si, en este momento de su vida, hubiera caído Coseta en el amor de un hombre poco escrupuloso y libertino, estaba perdida; pues hay ciertas naturalezas generosas que se entregan, y Coseta era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es el ceder. En esa altura en que él es absoluto, el amor se complica con cierta especie de celestial alucinamiento del pudor. Pero cuántos peligros no corréis, oh almas nobles! Con frecuencia, soléis dar el corazón, y nosotros tomamos el cuerpo. Vuestro corazón queda con vosotras, y vosotras le miráis en la sombra temblando. El amor no tiene término medio; ó pierde ó salva. Todo el destino humano se encierra en ese dilema. El dilema de perdición ó salvación, ninguna fatalidad le plantea más inexorablemente que el amor. El amor es la vida, si no es la muerte. Cuna y féretro á la vez. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazón humano. De todas las cosas que Dios ha hecho, el corazón humano es la que desprende más luz y más noche también!

Dios quiso que el amor que halló Coseta fuese uno de esos amores que salvan.

Miénttras que dure el mes de Mayo de aquel año de 1832, hubo allí todas las noches, en aquel pobre jardín salvaje, bajo aquellas malezas cada día más espesas y odoríferas,

dos seres compuestos de todas las castidades y de todas las inocencias, rebosando todas las felicidades del cielo, más próximos á los arcángeles que á los hombres, puros, honrados, embriagados, radiantes, que resplandecían el uno para el otro en las tinieblas. Parecía á Coseta que Marius tenía una corona y á Marius que Coseta tenía una diadema. Tocábanse, mirábanse, cogíanse de las manos, estrechábanse el uno contra el otro; pero había entre ellos una distancia que no traspasaban jamás. No que la respetaran, sino que la ignoraban. Marius sentía una barrera, la pureza de Coseta, y Coseta sentía un apoyo, la lealtad de Marius. El primer beso había sido también el último. Desde entónces, Marius no había ido más allá de tocar apenas con sus labios la mano, ó la pañoleta, ó un rizo de Coseta. Coseta era para él un perfume y no una mujer; y la aspiraba. Nada rehusaba ella, y nada pedía él tampoco. Coseta era dichosa, y Marius se hallaba satisfecho. Vivían en ese maravilloso estado que pudiera llamarse el deslumbramiento de un alma por otra alma. En aquel primero é inefable beso de dos virginidades en lo ideal. Dos cisnes que se encuentran en el Jungfrau.

En esa deliciosa hora del amor, hora en que el deleite calla absolutamente bajo la omnipotencia del éxtasis, Marius, el puro y seráfico Marius habría sido más bien capaz de subir á casa de una mujer pública que de levantar el vestido de Coseta á la altura del tobillo. Una vez, á la claridad de la luna, Coseta se inclinó para recoger algo del suelo, entreabrióse un poco el corpiño de su vestido, dejando ver el nacimiento de su cuello: Marius apartó la vista.

¿Qué es lo que pasaba entre aquéllos dos seres? Nada. Se adoraban.

Por la noche, cuando se hallaban allí juntos, aquel jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Todas las flores se

abrian en derredor de ellos y les enviaban incienso; mientras que ellos á su vez abrian sus almas y las esparcian sobre las flores. Aquella vegetacion lasciva y vigorosa se estremecia llena de savia y de ebriedad en torno de aquellos dos inocentes, y decian palabras de amor que hacian estremecer á los árboles.

¿Qué es lo que eran estas palabras? Soplos, hálitos, nada más. Soplos que bastaban para turbar y para conmover á toda aquella natureleza. Mágico poder que costaria mucho trabajo el comprender si se leyeran en un libro esas pláticas sencillas, ese inocente gorjeo propio para ser arrebatado y disipado como el humo por el viento bajo las hojas. Quitad á esos murmullos de dos amantes aquella dulce melodía que sale del alma y que los acompaña como una lira, y veréis que lo que queda no es más que una sombra. Parece que oigo decir: ¡Cómo! ¡no es más que eso! ¡Y bien, sí, niñerías, repeticiones, risas por nada, futilidades, boberías, todo lo más profundo y lo más sublime que hay en el mundo! las únicas cosas que valen la pena de ser dichas y de ser escuchadas!

El hombre que no ha oído jamás, el hombre que no ha pronunciado nunca esas simplezas y esas tonterías, es un imbécil y un mal sugeto.

Coseta decia á Marius:

— ¿Tú no sabes?...

(Á todo esto, y en medio de esta celestial virginidad, sin que fuera posible al uno y al otro decir cómo, habian llegado á tutearse.)

— ¿Tú no sabes? Yo me llamo Eufrasia.

— ¿Eufrasia? ¡Qué! no; te llamas Coseta.

— ¡Oh! Coseta es un nombre bastante feo que me pusieron cuando yo era niña. Pero mi verdadero nombre es Eufrasia. ¿Es que no te gusta á ti ese nombre de Eufrasia?

— Sí... Pero Coseta no es feo.

— ¿Es que te gusta más que Eufrasia?

— Pues... Sí.

— Entónces á mi tambien me gusta más. Es verdad, es bonito, Coseta. Llámame Coseta.

Y la sonrisa con que ella sazonaba estas palabras hacia del diálogo un idilio digno de un bosque que estuviere en el cielo.

Otra vez le miraba ella fijamente y exclamaba:

— Caballero, es usted muy guapo, muy hermoso, tiene mucha gracia y mucho talento, no es usted nada tonto, no, sabe mucho más que yo, pero yo le desafio á usted por esta palabra: ¡yo te amo!

Y Marius, en pleno firmamento, creia oír una estrofa cantada por una estrella.

Ó bien, le daba ella una palmadita porque tosía, diciéndole:

— No tosa usted, caballero. Yo no quiero que tosan delante de mí sin mi permiso. Es una cosa muy fea el toser de esa manera é inquietarme. Quiero que tengas buena salud, porque desde luégo, yo, si tú no estuvieras bueno, sería muy desgraciada. ¿Qué es lo que quieres tú que yo haga?

Y esto era sencillamente una cosa divina.

Una vez dijo Marius á Coseta:

— Figúrate que yo creí algun tiempo que te llamabas Úrsula.

Esto les hizo reír toda la noche.

En medio de otras pláticas, le avino exclamar:

— ¡Oh! un día, en el Luxemburgo, me dieron ganas de acabar de estropear á un inválido.

Pero en esto se detuvo, sin pasar más adelante; pues habría sido menester hablar á Coseta de su liga, y esto le era

imposible. Había allí una frontera desconocida, la carne, ante la cual retrocedía, con una especie de pavor sagrado, aquel inmenso amor inocente.

Figurábase Marius que la vida con Coseta era aquello, y nada más; venir todas las tardes á la calle de Plumet, remover el viejo y complaciente barrote de la verja del presidente, sentarse codo con codo en aquel banco, mirar por entre los árboles el centelleo de la noche que empieza, hacer cohabitar el pliegue de la rodilla de su pantalón con la amplitud del vestido de Coseta, acariciarla la uña del dedo pulgar, hablarla de tú, respirar uno después de otro el aroma de la misma flor, para siempre, indefinidamente. Durante este tiempo, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Cada vez que el viento sopla, se lleva consigo más ensueños del hombre que nubes del cielo.

En cuanto á que este casto amor, casi arisco y huraño, estuviese enteramente exento de toda galantería, eso no. « Hacer cumplidos » á aquella á quien se ama, es la primera forma y manera de hacerla caricias, especie de semi-audacia que se ensaya.

El cumplido es una cosa parecida al beso á través del velo. El deleite aplica su punta suave y delicada procurando ocultarse al mismo tiempo. Ante el deleite, el corazón retrocede, para amar mejor. Las lisonjas y zalamerías de Marius, saturadas enteramente de quimera, eran, por decirlo así, cerúleas como el azul del firmamento. Las aves, cuando vuelan en las más elevadas regiones, cerca de los ángeles, deben oír palabras como esas. Y sin embargo, mezclábase en ellas la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivo de que Marius era capaz. Era lo que se dice en la gruta, preludio de lo que se dirá en la alcoba; una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las preciosas hipérbolos del arrullo, todos los refinamientos de la adoración dispuestos en forma de ramo exhalando

un celeste y sutil perfume, un inefable gorjeo de corazón á corazón.

— ¡ Oh ! murmuraba Marius, ¡ qué hermosa eres ! no me atrevo á mirarte. Por eso lo que hago es contemplarte. Se me figura que eres una gracia. Yo no sé lo que tengo. El borde inferior de tu vestido, cuando pasa por él la punta de tu zapato, me trastorna, y después, ¡ qué resplandor, qué brillo tan hechicero cuando se entreabre tu pensamiento ! Tú razones de un modo maravilloso. Por momentos me imagino que eres un sueño. Habla, yo te escucho, y te admiro. ¡ Oh Coseta ! ¡ qué cosa tan extraña y tan deliciosa ! en verdad que estoy loco. Señorita, sois realmente adorable. Yo estudio tus pies al microscopio y tu alma al telescopio.

Y Coseta respondía :

— Yo te amo algo más de todo el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban como podían en este diálogo, cayendo siempre acordes, sobre el amor, como las figuritas de saúco caen sobre el clavo.

Coseta era en toda su persona sencillez, ingenuidad, transparencia, blancura, candor, radiación. De Coseta se habría podido decir que era la misma luz, la misma claridad. Á todos cuantos la veían producía ella una sensación de Abril y de la aurora. Había rocío en sus ojos. Coseta era una condensación de la luz del alba en forma de mujer.

Era pues muy natural que Marius, adorándola, la admirase. Mas lo cierto es que aquella colegialita, velozmente desprendida de la huraña timidez del convento, hablaba con una penetración exquisita y decía por momentos toda especie de palabras exactas y delicadas. Su charla era una verdadera conversación. No se equivocaba en nada y veía siempre con el mayor fino. La mujer siente y habla con esa infalibilidad propia del tierno instinto del corazón. Na-

die sabe como una mujer decir á la vez cosas tiernas y profundas. Terrura y profundidad : en esto se encierra toda la mujer ; en esto consiste todo el cielo.

En medio de esta plenitud de dicha, á cada instante les venian las lágrimas á los ojos. Un grillo que pisaran, una pluma caída de un nido, una rama de oxiacanto desgajada, los enternecian ; y su éxtasis, suavemente inundado de melancolía, parecia querer prorumpir en llanto. El síntoma más soberano del amor, es el enternecimiento á veces casi insoportable. Y al mismo tiempo que esto sucedia, — todas estas contradicciones son el relampagueo del amor — reian con las mejores ganas, con una libertad maravillosa, y con tanta familiaridad, que á veces casi parecian muchachos. Sin embargo, sin que de ello se aperciban siquiera los corazones ebrios de castidad, la inolvidable naturaleza estaba allí siempre. Allí estaba, con su objeto brutal y sublime ; y, sea cualquiera la inocencia de las almas, percíbese, en la entrevista ó confidencia más púdica, la adorable y misteriosa diferencia que separa á una pareja de amantes de un par de amigos.

Los dos jóvenes se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten. Se aman, se sonríen, se rien, hacen gestitos con la punta de los labios, se entrelazan los dedos de las manos, se tutean y todo esto no impide la eternidad. Dos amantes se ocultan en la noche, en el crepúsculo, en lo invisible, con las aves, con las rosas, fascínanse el uno al otro en la sombra con sus corazones que ponen en sus ojos, cuchichean, parlotean, y mientras que sucede todo esto, inmensos balances de astros llenan el infinito.

II

EL ATURDIMIENTO DE LA COMPLETA FELICIDAD

Así existian vagamente, azorados de dicha, sin apercibirse siquiera del cólera que estaba diezmando á Paris precisamente en aquel mismo mes. Habíanse hecho el mayor número de confidencias posible, pero sin que estas pasaran mucho más allá de sus nombres. Marius habia dicho á Coseta que él era huérfano, que se llamaba Marius Pontmercy, que era abogado, que vivia de escribir cosas para los libreros, que su padre era coronel, que fué un héroe, y que él estaba reñido con su abuelo que era rico. Tambien la habia indicado que era baron ; pero esto no habia producido ningun efecto en Coseta. Marius baron ? nada comprendia ella de esto. Ni siquiera sabia lo que queria decir esa palabra. Marius, para ella, era Marius, y nada más. Ella á su vez tambien le habia confiado que habia sido educada en el convento del Petit-Picpus, que tambien á

ella se la había muerto su madre como á él; que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que solía dar muchas limosnas á los pobres, pero que él mismo era pobre también, y que él se privaba de todo, no privándola á ella de nada.

Cosa entraña y singular, en la especie de sinfonía en la cual vivía Marius desde que veía á Coseta, el tiempo pasado, aún el más reciente, se había hecho tan confuso y tan lejano para él, que lo que Coseta le contó le dejó enteramente satisfecho. Ni aún siquiera se lo ocurrió á él el hablarla de la aventura nocturna de la casucha, ni de los Thénardier, ni de la quemadura, ni de la extraña actitud y de la singular fuga de su padre. Marius había olvidado momentáneamente todo esto; ni siquiera sabía él por la noche lo que había hecho por la mañana, ni dónde se había desayunado, ni quién le había hablado; tenía ciertos cánticos en el oído que le hacían sordo á cualquier otro pensamiento; en realidad no existía sino en las horas en que veía á Coseta. Y como entónces se hallaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Ambos soportaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales. Así viven esos sonámbulos á quienes llaman los enamorados.

¡ Ah! ¿ quién es el que no ha experimentado todas estas cosas? ¿ por qué llega al fin una hora en que se sale de ese cielo azul, y por qué continúa aún despues la vida?

Amar casi reemplaza á pensar. El amor es un ardiente olvido de todo lo demás. Pedid pues lógica á la pasión. No hay más encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano que figura geométrica perfecta en la mecánica celeste. Para Coseta y para Marius, nada más y nadie más existía en el mundo que Marius y Coseta. En derredor de ellos, el universo entero había caído en un hoyo profundo. Vivían en un minuto de oro. Nada había delante, nada había tampoco detras de ellos. Apenas si pensaba Marius, á lo ménos, que

Coseta tenía un padre. Todo lo había borrado en su cerebro el deslumbramiento. Pero de qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos visto, de las flores, de las gclondrias, del sol en su ocaso, de la luna en su oriente, de todas las cosas importantes. Todo se lo habían ellos dicho, excepto todo. El todo de los enamorados es nada. Pero el padre, las realidades, aquel horrible desvan, aquellos bandidos, aquella aventura, ¿ para qué todo esto? ¿ y estaba el bien seguro de que aquel sueño, aquella pesadilla hubiese existido alguna vez? Eran dos, se adoraban, y no había nada más que esto. Cualquiera otra cosa, era como si no existiese para ellos. Es probable que este desvanecimiento del infierno detras de nosotros es inherente á la llegada del paraíso. ¿ Es que se ha visto alguna vez á los demonios? ¿ existen ellos por ventura? ¿ es que se ha temblado? ¿ es que se ha sufrido? Ya no se sabe nada de esto. Una nube color de rosa lo cubre todo.

Vivían pues así estos dos seres, en tan elevadas regiones, con toda la inverosimilitud que está en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el zenit, entre el hombre y el serafín, por encima del fango, por debajo del éter, en las nubes; apenas hueso y carne, alma y éxtasis de piés á cabeza; demasiado sublimados ya para andar sobre la tierra, demasiado cargados aún de humanidad para desaparecer en el azul, en suspension como los átomos que esperan el sedimento; en apariencia fuera del destino; ignorando este pantano, ayer, hoy, mañana; maravillados, pasmados, flotantes; por momentos, bastante aligerados para lanzarse al infinito; casi dispuestos para el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel mecimiento. ¡ Oh espléndido letargo de lo real sobrecargado de ideal!

Á veces, por más bella que fuese Coseta, Marius cerraba los ojos delante de ella. Es el mejor modo de mirar para el alma, con los ojos cerrados.

Marius y Coseta no se preguntaban adónde los conduciría aquello. Mirábanse y se consideraban como conducidos ya y llegados. Es una extraña pretension de los hombres el querer que el amor conduzca á alguna parte.

III

PRINCIPIO DE SOMBRA

Por lo que hace á Juan Valjean, nada sabía de lo que estaba pasando.

Algo ménos cavilosa y ménos propensa á soñar que Marius, Coseta estaba alegre, y esto era todo lo que bastaba á Juan Valjean para ser feliz. Los pensamientos que tenía Coseta, sus tiernas preocupaciones, la imágen de Marius que la llenaba el alma, no disminuían en nada la incomparable pureza de su hermosa frente, casta y sonriendo. Hallábase en la edad en que la vírgen lleva su amor como el ángel lleva su azucena. Por consiguiente, Juan Valjean estaba tranquilo. Además, cuando dos amantes se entienden, todo marcha siempre muy bien para ellos, y cualquiera otra persona que pudiera turbar su amor se mantiene en una ceguedad completa, mediante un corto número de precauciones que son siempre las mismas para todos los enamo-

rados. Así que jamás había objeción alguna por parte de Coseta á Juan Valjean. ¿Quería él pasear? Sí, padrecito mío. ¿Quería quedarse en casa? Muy bien. ¿Quería pasar la velada con Coseta? Estaba muy contenta de ello. Como él se retiraba siempre á las diez de la noche, en esas ocasiones no venía Marius al jardín sino pasada esta hora, cuando oía él desde la calle que Coseta había la puerta de la escalera que conducía al jardín. Excusado es decir que, durante el día, jamás se encontraba á Marius. Juan Valjean no pensaba ya siquiera que existiese Marius en el mundo. Sólo una vez, una mañana, le ocurrió decir á Coseta: — Mira que tienes toda la espalda llena de blanco! La noche anterior, Marius, en un transporte, había estrechado á Coseta contra la pared.

La vieja Toussaint, que se acostaba temprano, no pensaba más que en dormir. una vez concluidas sus tareas, y todo lo ignoraba, lo mismo que Juan Valjean.

Marius no ponía nunca los pies en la casa. Cuando estaba con Coseta, se ocultaban en una hondonada junto á la escalera, á fin de no poder ser vistos ni oídos desde la calle, y se sentaban allí, contentándose generalmente, por toda conversacion, con estrecharse las manos veinte veces por minuto, mirando á las ramas de los árboles. En estos momentos, aún cuando hubiese caído un rayo á treinta pasos de ellos, no lo habrían notado siquiera; de tal manera se absorbían y se sumergían profundamente los ensueños del uno en los ensueños del otro.

Límpidas y cristalinas purezas. Horas enteramente blancas; casi todas iguales. Este género de amores es una colección de hojas de azucena y de plumas de paloma.

Todo el jardín se hallaba entre ellos y la calle. Cada vez que Marius entraba y salía, volvía á colocar en su sitio, con el mayor esmero, el barrote de la verja, en términos que no se notara ningún desarreglo.

Habitualmente se marchaba á media noche, volviéndose á casa de Courfeyrac. Courfeyrac decía á Bahorel:

— ¿Lo creerás? Marius suele recogerse ahora á eso de la una de la noche.

Y Bahorel respondía:

— ¿Qué quieres? nunca falta un petardo para un seminarista.

En ciertos momentos, Courfeyrac se cruzaba de brazos, ponía un semblante serio, y decía á Marius:

— Usted se nos va descomponiendo, jóven!

Courfeyrac, como hombre práctico, no tomaba por el buen camino este reflejo de un paraíso invisible sobre Marius; estaba él poco acostumbrado al espectáculo de las pasiones inéditas, se impacientaba de ellas, y solía hacer de vez en cuando á Marius ciertas intimaciones para que volviese á entrar en la vida real.

Una mañana le lanzó esta admonición:

— Querido, por de pronto se me figura que te veo situado en la luna, reino del ensueño, provincia de la ilusión, capital Burbuja-de-Jabon. Vamos á ver, sé un buen muchacho conmigo, ¿cómo se llama ella?

Pero nada bastaba á hacer « que hablase » Marius. Antes le habrían arrancado á él las uñas que ninguna de las tres sílabas sagradas que componían el nombre inefable de *Coseta*. El verdadero amor es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba. Sólo que, á juicio de Courfeyrac, en el cambio que Marius sufría había una taciturnidad radiante.

Durante este suave y delicioso mes de Mayo, Marius y Coseta conocieron estas inmensas felicidades:

Querellarse y llamarse de usted, únicamente para llamarse mejor de tú en seguida;

Hablarse largamente, y en los más minuciosos detalles, de gentes que no les interesaban ni aún lo más remota-

mente; lo que prueba además que, en esa deliciosa ópera que se llama el amor, el libretto casi nada significa;

Para Marius, oír á Coseta hablar de trapos;

Para Coseta, oír á Marius hablar de política;

Oír, rodilla contra rodilla, cómo rodaban los carruajes por la calle de Babilonia;

Considerar el mismo planeta en el espacio ó la misma luciérnaga en la yerba;

Callarse los dos; mayor delicia aún que la de conversar;

Etc., etc.

Sin embargo, varias complicaciones se aproximaban.

Una noche, dirigióse Marius al lugar de la cita, por el boulevard de los Inválidos. habitualmente andaba él con la frente baja; y al tiempo de dar vuelta á la esquina de la calle de Plumet, oyó que una voz le decía muy cerca de él:

— Buenas noches, señor Marius.

Levantó la cabeza, y reconoció á Eponina.

Este encuentro le produjo un efecto singular. Ni una sola vez había él pensado en aquella muchacha desde el día en que ella le condujo á la calle de Plumet; no había vuelto á verla, y se la había borrado completamente en su memoria. Sólo motivos de reconocimiento tenía él para con ella, á quien debía su dicha presente, y sin embargo, era para él incómodo y embarazoso el encontrarla.

Es un error el creer que la pasión, cuando es dichosa y pura, conduce al hombre á un estado de perfección; adonde le conduce buenamente, según lo hemos consignado ya, es á un estado de olvido. En tal situación, el hombre olvida ser malo, pero también olvida ser bueno. El reconocimiento, el deber, los recuerdos esenciales é importunos, se desvanecen. En cualquiera otra circunstancia ú ocasión, Marius habría sido muy otro para Eponina. Absorto por Coseta, ni siquiera se había dado claramente cuenta de que aquella Eponina se llamaba Eponina Thénardier, y que lle-

vaba un nombre escrito en el testamento de su padre, aquel nombre por el cual se habría él sacrificado tan ardientemente algunos meses ántes. Nosotros presentamos á Marius tal cual era. Hasta su mismo padre desaparecía algún tanto en su alma bajo el espléndido velo de su amor.

Al verla, respondió con cierto embarazo:

— ¡Ah! ¿es usted, Eponina?

— ¿Por qué me habla usted de usted? ¿Acaso le he hecho yo á usted algo?

— No, contestó él.

Ciertamente, nada podía él tener contra ella. Muy lejos de esto. Sólo conocía que no podía ménos de hacerlo así; ahora que hablaba de tú á Coseta, debía hablar de usted á Eponina.

Como esta notara que él guardaba silencio, exclamó:

— ¡Vaya! dígame usted...

Y aquí se detuvo. Parecía que la faltaban palabras á aquella criatura en otro tiempo tan indiferente y tan osada. Probó á sonreírse, pero no pudo. Y añadió:

— ¿Ea bien?...

Y despues volvió á callarse, permaneciendo con los ojos bajos.

— Buenas noches, señor Marius, dijo al fin bruscamente y de improviso, y se marchó.